

sobre ellos mismos un punto de vista y un juicio de extraños, son expuestos en todo momento a convertirse en extraños a sí mismos, a dejar de ser los sujetos del juicio que tienen sobre sí mismos, el centro de perspectiva de la visión que toman de sí mismos»².

Una recomendación encarecida de *El baile de los solteros* es la última indicación que cabe hacer en una presentación como ésta. Al menos para quien suscribe estas líneas, este libro ha sido y será por mucho tiempo una lectura imprescindible en la ardua tarea de aprender constantemente el oficio de sociólogo. La esperanza de que también lo sea para quienes se lancen a su lectura es razón suficiente para haber abordado este breve trabajo introductorio.

Alberto MARTÍN PÉREZ

Fernando Álvarez-Uría
Julia Varela

**Sociología, capitalismo
y democracia**

(Madrid, Ediciones Morata, 2004)

Ediciones Morata ha publicado recientemente *Sociología, capitalismo y democracia*, trabajo

firmado por Fernando Álvarez-Uría y Julia Varela, sociólogos y profesores en la Universidad Complutense. La obra pretende hacer un recorrido sobre la historia de la sociología, pero no se trata de un manual al uso de teoría sociológica. Su objetivo es plantear un proyecto diferente: trazar la genealogía de la sociología, con la intención de abordar las complejas relaciones que, históricamente, ésta ha mantenido con los marcos político y económico en los que se inscribe su tarea, esto es, la democracia y el capitalismo. Para ello, los autores buscan romper ese modelo de «historia de los autores» individualista, narrada a través de los descubrimientos de mentes privilegiadas que, como bien apuntan Álvarez-Uría y Varela, ha predominado de forma sorprendente en una disciplina cuya pretensión ha sido la de explicar los fenómenos desde lo social. El libro, así, pretende superar este frecuente obstáculo epistemológico de la historia de la teoría sociológica recurriendo a la genealogía, herramienta planteada por el filósofo Michel Foucault como instrumento de análisis del origen y desarrollo de las formas de saber y poder. La genealogía *foucaultiana* (heredada a su vez de Nietzsche) no concibe una historia basada en un desarrollo teleológico desde un punto cero: frente a un *telos* de cualquier tipo (presente en las teorías de carácter historicista), el estudio genealógico muestra la procedencia irracional de las formas de saber y poder para, posteriormente, mostrar los procedimientos de racionalización retros-

² Pierre Bourdieu (2002), *Le bal des célibataires*, París, Seuil, p. 255.

pectiva, que terminan por ofrecer a nuestra mirada el presente como «natural». Así, se trata de una «contra-memoria», en la que el origen de las cosas toma la forma de un punto de cruces, de líneas azarosas y dispersas. La formación de los saberes sociológicos, de origen humilde y desarrollo controvertido es, desde esta perspectiva, un objeto de análisis excepcionalmente interesante.

Así, el trabajo genealógico de *Sociología, capitalismo y democracia* toma, como eje, la cuestión social y sus metamorfosis, siguiendo en cierta forma el recorrido que ya realizó a mediados de los noventa Robert Castel. Esencialmente, los autores plantean que el debate generado en torno a la misma ha estructurado, de una u otra forma, el desarrollo de la sociología como disciplina de conocimiento. El libro está dividido en tres partes, atendiendo a los tres períodos esenciales de dicho desarrollo: sus modestos orígenes; la segunda fase de institucionalización universitaria; y el período posterior a la Segunda Guerra Mundial, en el que la sociología se debate entre la conversión en ciencia legitimadora del orden social existente, o devenir en teoría crítica de la sociedad. Comentaré brevemente los contenidos de estos tres grandes bloques temáticos.

La primera parte, titulada «Génesis de la sociología», se centra en el período de formación de la disciplina. Tomando como eje central la cuestión social antes aludida, la sociología supone un cuestionamiento del capitalismo liberal en nombre de los intereses colectivos de los ciudadanos, que coincide además con el derrumbe del Antiguo Régimen y el ascenso, lento pero seguro, de la participación política en la

democracia. Tras comenzar con un interesante capítulo en el que se describen los principales factores que desencadenan el interés por lo social, esta primera parte se articula fundamentalmente en torno a una dialéctica, establecida entre el capitalismo liberal y el socialismo, en torno a la cuestión social. Así, la Revolución Industrial genera su propia ideología, el liberalismo económico inspirado en la economía política de Smith y Ricardo, en la que el *dulce mercado* es la solución progresista del Iluminismo: la fuente de la riqueza de las naciones es el trabajo, y el desarrollo económico capitalista traerá un mundo más próspero. Del egoísmo del *homo oeconomicus* surge paralelamente el gobierno económico, por el que se disciplina a los sujetos, convirtiéndoles en dóciles y útiles. Sin embargo, el mercado también destruye los lazos sociales y genera terribles desigualdades. El liberalismo, pese a algunos esfuerzos filantrópicos, no consigue resolver la naciente cuestión social, y encuentra una respuesta teórica en los primeros socialismos, que los autores denominan como «modernos» (eliminando el término «utópico» con que los etiquetó y condenó el marxismo) y que plantean la creación de una nueva ciencia social. Álvarez-Uría y Varela repasan los esfuerzos de Saint-Simon, Owen y Fourier, reivindicando el lado libertario de sus esfuerzos y su «saber de resistencia». Estos primeros socialismos son contestados a su vez por la naciente economía social, inspirada en la medicina social, la pauperología y los primeros esfuerzos reformistas de John Stuart Mill, que evolucionará en lo que hoy conocemos como Sociología. Con autores como Comte y Le Play, la Sociología se define finalmente como una nueva ciencia al servicio de la reforma social, arrebatando a los socialistas un sa-

ber hasta ese momento revolucionario. Esta nueva ciencia es, a su vez, respondida por el socialismo denominado «científico», de Marx y Engels. Los autores describen luces y sombras de la obra marxiana: señalan sus influencias, la izquierda hegeliana y el socialismo francés de Proudhon; repasan sus méritos, como las fundamentales aportaciones a una genealogía del capitalismo; pero también la acusan de haberse alejado de la democracia, en favor de la lucha de clases y la violencia revolucionaria. Además, señalan que, entre los marxistas posteriores, predominó un mecanicismo economicista, que suponía renunciar a la posibilidad de hacer ciencia social. Esta primera parte se caracteriza por repasar, con notable erudición, numerosas teorías y autores, en un esfuerzo documental considerable (el que requiere, por otra parte, el método genealógico: son esos «monumentos ciclópeos» de datos).

La segunda parte versa sobre la institucionalización de la sociología como saber eminentemente universitario, proceso que coincide con una volatilización de la cuestión social, que termina por disolverse en los llamados «problemas sociales». Esta segunda parte, muy lograda, se inicia con la descripción de la derrota de la Comuna en 1871, tras la cual los movimientos socialistas abandonan la senda revolucionaria y pasan a participar en los procesos electorales, favoreciendo la consolidación del sufragio universal y la democracia de masas, proceso no exento de dificultades. En Alemania, la sociología, institucionalizada en las universidades a partir de los esfuerzos del *Verein für Sozialpolitik*, pasa a proporcionar información para las reformas emprendidas por el Estado social. Este reformismo, contrapuesto a la

revolución proletaria propugnada por Marx, supone la consolidación de una verdadera revolución silenciosa que conduce, de forma lenta pero continuada, al socialismo. Esta moderna sociología alemana, «nunca tan cercana a los problemas de su tiempo» como citan los autores, recupera la cuestión social, pero respondiendo a la misma con medidas estatales tales como las pensiones o los seguros sociales. Álvarez-Uría y Varela dedican, asimismo, varias páginas a una interesante cuestión, el debate metodológico entre la sociología histórica frente a la Escuela Austriaca de Economía y la hermenéutica, defendiendo la posibilidad de un conocimiento objetivo de la realidad histórico-social. Siguiendo esta línea de defensa de una sociología histórica, los autores dedican dos capítulos a las dos principales figuras de la sociología clásica, presentándolos como legitimadores del Estado social: Durkheim y Weber. En ambos casos, los autores se centran en un aspecto fundamental de su obra, y es la idea de crear una sociología con base histórica. Algunas de las principales acusaciones que se han realizado tradicionalmente a estos dos autores son puestas en cuestión. De este modo, se rechaza esa visión funcionalista-conservadora que se ha hecho en ocasiones de la obra de Durkheim, del que destacan su labor como reformista social que trata de otorgar una base científica a las ideas de solidaridad preconizadas en la III República. El gran sociólogo francés trató de poner la ciencia al servicio de la verdad y la justicia, y defender la democracia frente a la barbarie. Por otro lado, en el caso de Weber se plantea su obra como un esfuerzo por desarrollar esferas de libertad dentro de la sociedad. Frente al análisis lukácsiano, que afirma que los conceptos de poder carismático

y la inexorabilidad burocrática son precedentes del fascismo, Álvarez-Uría y Varela sugieren una lectura distinta del autor alemán, en un recorrido por las líneas maestras de su pensamiento. Cuestión campesina, metodología, capitalismo y subjetividad, burocracia y democracia; Weber es presentado, ante todo, como un autor preocupado por la ética de la responsabilidad. Los dos grandes clásicos de la sociología son así autores fundamentales en el proceso de reforma que se produce en Francia y Alemania como respuesta a la cuestión social.

Este análisis de la institucionalización de la sociología concluye con una mirada a la Escuela de Chicago estadounidense y un análisis de las teorías elitistas dominantes en Europa a principios del siglo xx. Los sociólogos de la Escuela de Chicago se centran en la cuestión social desde la perspectiva de investigar esa «otra América», que ha fracasado en alcanzar el sueño americano. En este caso, se produce una traslación de la cuestión social a la cuestión racial, incluso a la cuestión urbana. De este modo, hay un interés por el hombre marginal: el delincuente, el vagabundo, el pobre, el negro. Esas preocupaciones sociales, no obstante, se sostienen en el interaccionismo simbólico, una metodología deshistorizada, cercana al individualismo metodológico y que obvia la cuestión central, esto es, los problemas de un determinado modo de organización social. Esta perspectiva será la dominante desde entonces en la sociología. En Europa, mientras tanto, la situación tras la Gran Guerra anticipa el advenimiento del fascismo. Es el apogeo de las denominadas teorías de la imposibilidad de la democracia, teorías elitistas en las que la lucha de clases marxista es sustituida por la lucha de

grupos, especialmente élites (Pareto, Mosca, Michels); más tarde, se hablará incluso de una lucha de razas. Es la reacción de los sectores más conservadores ante la participación política de las masas. Estas teorías *neomaquiavélicas* se combinan con un desarrollo importantísimo de la sociología de carácter cuantitativo, inspirada en métodos estadísticos cuya procedencia, aunque se olvide a menudo, es cercana a oscuros neodarwinismos sociales. Finaliza esta sección con una imagen especialmente sugerente: la emergente socioestadística realizada en las universidades coincide con ejércitos desfilando al paso de la oca a través de Europa, instantes antes del desencadenamiento de la guerra y el genocidio. La sociología fracasa: no ha podido explicar cómo las dinámicas racionalizadoras del capitalismo han podido llevar a la guerra y la barbarie del Holocausto.

Finalmente, la tercera parte, menos desarrollada, recoge el panorama sociológico después de la Segunda Guerra Mundial. Éste se caracteriza, tras una serie de procesos, por la hegemonía del funcionalismo norteamericano (hasta los años setenta, en que su crisis termina por dar paso al neoliberalismo), lo que lleva a que los autores lleguen a definir la disciplina como «ciencia imperial», y por una contestación, plural y fragmentada, por parte de una Teoría Crítica de autores dispersos y diversos, que toma como bandera, de nuevo, la cuestión social. El funcionalismo se asienta como el paradigma dominante debido a tres factores: el empuje de la escuela austriaca (teoría económica estructurada en torno a un sujeto deseante y deshistorizado), la consolidación del *homo psychologicus* (psicologización del yo), y la ideología liberal de la *pax americana*, que supone una

ruptura de la dialéctica liberalismo-socialismo. Estos factores son, para Álvarez-Uría y Varela, los responsables de la crisis actual de la sociología, oscurecida por el empuje de la ciencia económica y sus éxitos cuntitativistas: la sociología, transformada en ciencia aséptica, ha abandonado la cuestión social, esto es, sus orígenes. A través de tres figuras, Parsons (con su Gran Teoría, síntesis de Durkheim, Weber y, sobre todo, Pareto), Lazarsfeld y Merton, el funcionalismo presenta el capitalismo como un sistema racional, de modo que el análisis de la sociedad queda subordinado a la lógica de la economía de mercado. Frente a éste, se forma una sociología alternativa: la Escuela de Frankfurt, Norbert Elias, Polanyi, Wright Mills, Grignon o Bourdieu son algunos representantes de una sociología al servicio de la verdad y la humanidad, minoritaria pero que todavía recupera la cuestión social como clave de la actividad sociológica (faltan algunas figuras, posiblemente por deseo de resumir). Para concluir el libro, los autores realizan un conjunto de reflexiones acerca del quehacer sociológico, demandando una vuelta a la tradición. La sociología nace en la calle como respuesta a la violación práctica de un derecho de humanidad, y no debe olvidarlo. Si no ha cumplido con sus objetivos ha sido porque las luchas de clases, élites o razas, con su énfasis en las diferencias, destruyeron la posibilidad de un socialismo verdadero que representara una verdadera emancipación de la Humanidad en su conjunto; desde entonces, domina la ideología mercantil. Sin embargo, pese a los horrores del siglo xx, la sociología ha promovido el Estado social, la reforma del capitalismo y los derechos democráticos. En ese empeño deben involucrarse los sociólogos, centrándose en el estudio de la economía so-

cial y la génesis de las instituciones, y proponiendo alternativas que ayuden a consolidar la ruta del socialismo democrático.

El libro de Álvarez-Uría y Varela es un trabajo importante en la sociología española. No sólo por ser un proyecto ambicioso, que lo es, sino porque ciertamente su fin último, trazar una genealogía del quehacer sociológico, se logra de forma brillante. El origen y desarrollo de la disciplina se sitúa en torno a la cuestión social, y en la dialéctica entre capitalismo liberal y socialismo: la sociología se ha construido sobre este pulso, y su institucionalización, sorprendentemente, ha conducido al olvido de estos orígenes. A lo largo del trabajo se explora la relación fundamental que ha existido entre economía y sociología, y que en la actualidad parece limitarse a la toma, por parte de la sociología, de los métodos cuantitativos de la otra y de sus cláusulas teóricas, como por ejemplo la eliminación de la historia. Los autores reivindican además otra mirada, otra forma de leer a los clásicos y, en el caso de Durkheim y Weber, una reivindicación de la importancia de la historia en la creación de la sociología. La contextualización histórica es fundamental: guerras coloniales, *workhouses*, la conspiración de los iguales de Babeuf, la Comuna parisina o el caso Dreyfus desfilan ante nuestros ojos, dibujando el fresco sobre el que las distintas teorías sociológicas se fueron perfilando. Se conecta así teoría e historia, y de forma brillante. Es cierto que los autores priman unas figuras sobre otras (por ejemplo, no se dedica espacio a la obra de Tocqueville, Veblen o Carl Schmitt, frente a autores menos relevantes), pero en general compendian en su genealogía la mayor parte de las teorías sociológicas (excepto en la tercera parte, menos extensa, por

desgracia). Del mismo modo, recogen la génesis de conceptos como solidaridad o socialismo, palabras no tan antiguas en el fondo y cuyo origen conviene recordar para evitar su uso vacío o interesado. Destaca asimismo la coherente crítica que los autores hacen al funcionalismo, y su reivindicación de otra forma de investigar. Los principios de igualdad, libertad y fraternidad son la bandera que enarbolan, frente a un predominio del cuantitativismo que convierte a la sociología en una ciencia deshistorizada y desterritorializada, que sirve de legitimación del orden dominante.

El trabajo, no obstante, adolece de algunas imperfecciones. alguna es de carácter técnico (algunas referencias a obras no están citadas; carece de una bibliografía al final de la obra, que sería de gran utilidad), pero otras son de contenido. La cuestión más chocante es que los autores siguen una línea metodológica inspirada en Foucault que desemboca, sin embargo, en conclusiones muy diferentes a las planteadas por el filósofo francés, al menos en lo que respecta al Estado y su relación con la cuestión social. Los trabajos genealógicos de Foucault, recogidos en obras como *Vigilar y castigar* o *La microfísica del poder* (esta última editada por los propios Álvarez-Uría y Varela), contemplaban el Estado como otro más de los instrumentos de control de una sociedad articulada en torno a un poder expresado en forma de una capilaridad, que la atravesaba por todos sus poros. Los autores de *Sociología, capitalismo y democracia* hacen, en cambio, una encendida defensa del Estado social, en favor de la libertad, igualdad y fraternidad. ¿Es posible articular el saber de resistencia con el cálculo y control de la redistribución, una de las funciones del

Estado social? ¿No era para Foucault el Estado social otro instrumento de sujeción de cuerpos a la sociedad? Ciertamente, aquí los autores se alejan del gran filósofo francés, lo cual no es criticable, quizá sólo sorprendente. Sí es más discutible que esa defensa del Estado social, construido en torno a un régimen democrático basado en un socialismo reformista un tanto abstracto, implique una dura crítica al marxismo; especialmente una de las afirmaciones de los autores, en la que se señala que la guerra social preconizada por Marx y los marxistas frenó el advenimiento de ese socialismo. ¿Avanzaba de forma imparable en Europa a finales del siglo XIX? Ésta es una afirmación incoherente con la propia noción de historia como ausencia de *telos*: ¿quién sabe qué podría haber pasado? ¿Y si precisamente la amenaza de la guerra social, el comunismo y su extensión a lo largo de buena parte del planeta hubieran favorecido el desarrollo del Estado social, ante el temor a la revuelta obrera? La ciudadanía, entendida como posesión de derechos económicos y sociales, se consolida tras la Segunda Guerra Mundial y la derrota del fascismo, no antes. Por otra parte, ¿no trata la genealogía de captar singularidades en los eventos, no una evolución? Otra ausencia clamorosa es la de los sindicatos y el sindicalismo (y, en general, de todas las instituciones mediadoras) en todo el proceso de construcción del Estado social; quizá se hace excesivo hincapié en el papel de los sociólogos universitarios en el proceso de reforma social. Otra idea discutible, presente en la tercera parte, es la visión de una sociología crítica demasiado cercana al sujeto y menos a la cuestión social. El sujeto de deseo, tal como exponen los autores, sí puede suponer una desviación de la atención a la cuestión social;

pero ciertos elementos del psicoanálisis pueden establecer un diálogo con lo sociológico, fundamentando una teoría con gran potencial crítico, tal como hacen, hoy en día, autores como Bernard Lahire o Slavoj Žižek. También existen ciertas críticas polémicas a la hermenéutica, presentándola como enemiga de una verdad objetiva no definida en su debate con el historicismo; sin embargo, también puede concebirse como una forma de resistencia abierta a ciertas verdades impuestas como objetivas, entre otras las de ciertas teorías historicistas.

Pese a estas objeciones, *Sociología, capitalismo y democracia* es un notabilísimo trabajo en el ámbito de la sociología española. Es un trabajo crítico, necesario en una época de instantes eternos y simulacros, en los que la historia parece olvidada. Fernando Álvarez-Uría y Julia Varela, con su trabajo, no sólo ejercen de sociólogos: también se muestran como ciudadanos comprometidos con su sociedad y su tiempo histórico.

Carlos Jesús FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ

Alberto Oliet Palá

La concertación social en la democracia española: crónica de un difícil intercambio

(Valencia, Tirant lo Blanch, 2003)

Hace una década que Alberto Oliet publicó su *Liberalismo y democracia en crisis*, obra de la

que un reputado constitucionalista afirmó que constituía la mejor aportación a la discusión sobre el Estado y la democracia liberal representativa desde la aparición de *Las transformaciones del Estado contemporáneo*, de García Pelayo. Ya entonces planteaba el autor los *déficits* de legitimidad que evidencia la democracia contemporánea, cuando se contraponen los criterios que se utilizan para contrastarla con aquellos originalmente concebidos por la teoría liberal: la eficacia, el *performance*, la funcionalidad basada en la estabilidad y la paz entre los grupos... han sustituido a la búsqueda de la emancipación de la personalidad individual. La crítica no resultaba nueva: ya Weber nos había advertido acerca de que la práctica democrática se asienta sobre organizaciones no articuladas democráticamente, que obedecen en su lógica interna a otro tipo de funcionamiento, en el que se entremezclan criterios e intereses que no coinciden necesariamente con los de los representados. Más recientemente, Habermas advirtió de la lógica expansiva, *colonizadora*, de la racionalidad sistémica, de carácter estratégico-instrumental, que amenazaba con invadir o *colonizar* el *mundo de la vida*, acabando con la racionalidad comunicativa en las relaciones políticas. Pero ese recelo frente a las tendencias expansivas de la racionalidad instrumental, más allá de los ámbitos que le son propios, no implicaba, sin embargo, que Habermas se apuntara a un indeseable *estrechamiento ético del discurso político* que pretendiera excluir la racionalidad instrumental del mundo de la política: en su modelo de política deliberativa tienen cabida tanto la racionalidad y la estrategia dialógica como la instrumental, en tanto estén suficientemente garantizadas las condiciones de la comunicación